



Byung-Chul Han, *El espíritu de la esperanza*. Barcelona: Herder Editorial, 2024, 144p. Traducción de Alberto Ciria.

Ananda Cinti-Romero

Universidad de Salamanca  

<https://www.doi.org/10.5209/ashf.102737>

En *El espíritu de la esperanza*, el filósofo surcoreano Byung-Chul Han presenta una reflexión profunda sobre las actuales crisis globales, tales como la pandemia, las guerras y las catástrofes climáticas, que nos arrastran hacia una visión pesimista del futuro, determinada en gran medida por la idea del fin del mundo o del colapso absoluto de la civilización.

Según Han, estas grandes crisis son abordadas por los medios de comunicación y percibidas por la población, cada vez en mayor medida, como un «apocalipsis» inminente. Estos modos apocalípticos, en efecto, se han convertido en una mercancía, tanto en la realidad como en la literatura y el cine, creando un ambiente de pesimismo colectivo. Esta atmósfera de desesperanza se intensifica en tanto en cuanto cada una de estas crisis converge con las demás. Esto reduce la existencia humana a una lucha constante por la supervivencia; condicionada al mero acto de subsistir.

En este contexto, el filósofo surcoreano señala que la esperanza es la única fuerza capaz por sí misma de rescatar a los individuos de esta rutina de angustia. A diferencia del optimismo, por ejemplo, que se basa en la certeza de que las cosas mejorarán sin aquilatar el peso de las adversidades, la esperanza es una figura dialéctica que surge de la desesperación y nos impulsa hacia lo desconocido y lo inédito. La esperanza, en este caso, no se encuentra en el simple deseo de un futuro mejor, sino en la capacidad de reconocer lo negativo y transformarlo en una oportunidad para un cambio radical.

El autor critica el «culto a la positividad» que caracteriza a la sociedad neoliberal. En este sentido, entiende el neoliberalismo como una ideología que promueve ante todo la auto-responsabilidad y el bienestar individual, ignorando *pro domo sua* las causas sociales del sufrimiento. Estos sentimientos de desesperación forman un terreno fértil para discursos populistas que dominan el acontecer político: el individualismo exacerba el aislamiento y la falta de solidaridad, lo que debilita la cohesión social e incluso amenaza a la democracia.

En tal sentido, Han denuncia que la verdadera esperanza no se caracteriza por mirar hacia el futuro, sino también por ser un «motor de revolución», capaz de transformar la sociedad y liberarnos del dominio del miedo. Mientras que el miedo y la angustia

crean un clima de conformismo y limitan la libertad, la esperanza abre las puertas a la posibilidad de un futuro diferente.

En el primer capítulo, *Esperanza y acción*, se expone un amplio panorama sobre el significado atribuido al concepto de esperanza y su relación con la acción humana desde la perspectiva de diversos pensadores contemporáneos. Desde esta óptica, Han explora la visión de la esperanza no sólo como un sentimiento intrínsecamente conectado a la acción, sino también como un estado existencial que, paradójicamente, puede ser desencadenado por la desesperación y la desesperanza más profundas. El autor expone su propia lectura de este concepto en torno a la naturaleza y la necesidad del «espíritu de la esperanza». Su visión de este concepto, en efecto, se encuentra en oposición a la visión antigua de este, que la consideraba como una fuerza que ataba al ser humano a un futuro incierto, restándole valor al presente y asociándola con una lucha constante y un vano deseo por alcanzar lo inalcanzable.

Por otro lado, Han rechaza el sentido estricto del término esperanza, derivado del verbo «esperar», toda vez que este implica pasividad y una mirada externa hacia los problemas, como si se aguardara una solución divina o exterior. En cambio, resalta las concepciones de esperanza que la conciben como un sentimiento estrechamente vinculado a la acción y a la capacidad de transformación social. De este modo, la esperanza deviene una fuerza vital que nos determina hacia el futuro, trascendiendo las posibilidades ya existentes y generando un «espíritu» que impulsa el accionar humano y permite vislumbrar nuevas alternativas para afrontar el futuro. El «espíritu de la esperanza», en efecto, es el deseo perpetuo de mejora y avance; incluso en ausencia de garantías de éxito o de una solución final, conmueve y une a las personas en virtud de renovar sus vidas. Aunque nunca alcance su meta, y se convierta en una insatisfacción constante, experimenta en su búsqueda una capacidad de colectivizar experiencias y sentimientos cruciales para afrontar el individualismo y alienación contemporáneos.

En el segundo capítulo, *Esperanza y conocimiento*, el filósofo surcoreano examina la interrelación entre esperanza y conocimiento, abordando, a tal efecto, los ámbitos del pensamiento, los recuerdos,

los sueños, la afectividad y las emociones. A través de este análisis, propone una visión crítica y transformadora del futuro, subrayando que el conocimiento no se limita únicamente a lo racional, sino que también está profundamente imbricado con lo emocional y lo corporal. El conocimiento, por tanto, implica una variedad de aspectos vitales que están conectados directamente con el actuar y la transformación. Para ser genuino debe involucrar afectos y pasiones y, en la medida en que se halla orientado hacia el porvenir, se distingue de la inteligencia –la cual se halla centrada en opciones previamente establecidas– al ser un acto creativo e innovador. Para Han quien piensa no es propiamente inteligente, toda vez que el pensamiento verdadero trasciende las fronteras de la lógica y la elección racional y, por consiguiente, libera a las cosas de las limitaciones impuestas por su contexto histórico y las proyecta hacia lo inexplorado. En este sentido, la esperanza impulsa la búsqueda de una verdad que no yace en el pasado, sino en lo que aún debe surgir. No es un destino fijo, sino un horizonte de posibilidades donde lo oculto puede revelarse; o bien, habita en un tiempo mesiánico donde todo se renueva y transforma, abriendo un horizonte de posibilidades infinitas.

En el tercer capítulo, *Esperanza como forma de vida*, el autor sostiene que la esperanza y la angustia comparten una misma estructura ontológica, y son, existencialmente, modos fundamentales del ser. A tal efecto, ambas no se refieren a objetos concretos. La angustia, por un lado, es una sensación indefinida, diferente al miedo, porque no está dirigida hacia un objeto determinado, sino que se refiere al hecho de estar en el mundo. Esta indeterminación le da a la angustia su gran intensidad. La esperanza, por otro, tampoco se refiere a un objeto específico,

pero, a pesar de ello tiene el poder de definir radicalmente nuestro ser. El filósofo surcoreano considera a este respecto que el estado de ánimo, previo a la reflexión consciente, configura nuestra apertura al mundo; es decir, no es el conocimiento, sino el estado de ánimo el que determina nuestra disposición ante la realidad. La angustia, como estado de ánimo fundamental, facilita una apertura a la existencia humana cuando las estructuras cotidianas colapsan, subsumiendo al individuo en la incertidumbre. Este colapso genera una ruptura existencial que solo se resuelve a través de la autenticidad del ser, aunque también limita la apertura a lo nuevo al enfrentar a un horizonte marcado por el pasado. En contraste, la esperanza agudiza el sentido de lo posible y lo orienta hacia lo nuevo. Es por esta razón que, para Han, si la existencia humana se basara más en la esperanza que en la angustia, el ser humano viviría una constitución completamente diferente de la existencia y del mundo.

En definitiva, podemos concluir que este escrito reivindica el «espíritu de la esperanza» como un estado de ánimo capaz de conformar una esperanza activa; esto es, que no se limite a oponerse a lo que no debería ser, sino que más bien lo impulse hacia la superación de las ataduras de un futuro condicionado por lo ya existente. En lugar de adaptarse a lo establecido, el pensamiento esperanzado debe generar nuevas perspectivas y resoluciones aún no concebidas. En este sentido, Han sugiere que el verdadero cambio no surge de la confrontación con lo que no debería ser, sino con la creación de nuevas formas de existencia. Es decir, frente al optimismo pasivo, que acepta la realidad, la esperanza apuesta por lo nuevo en tiempos de crisis y de angustia.